



El psicoanálisis en el contexto cultural¹

Neil Altman²

New York, USA

El psicoanálisis y el estudio de la cultura están entrelazados a niveles profundos, al tratar ambos sobre el significado. A un nivel macro la comprensión de una cultura hace alusión a los sistemas de comprensión compartidos, mientras que el psicoanálisis, a nivel micro, concierne a los sistemas de significado más idiosincrásicos, así como también la manera en que operan psíquicamente los sistemas de significado compartidos de forma inconsciente (ideologías y normas familiares y sociales).

Palabras clave: Psicoanálisis, Cultura, Raza, Clase Social

Psychoanalysis and the study of culture are linked at a deep level in that both have to do with meaning. On a macro level, understanding a culture has to do with shared meaning systems, whereas psychoanalysis, on the micro level, concerns itself with more idiosyncratic meaning systems, as well as the way that unconsciously shared meaning systems (ideologies, social and familial norms) operate psychically.

Key Words: Psychoanalysis, Culture, Race, Social Class

English Title: Psychoanalysis in cultural Context

Cita bibliográfica / Reference citation:

Altman, N. (2011). El psicoanálisis en el contexto cultural. *Clínica e Investigación Relacional*, 5 (3): 389-402. [ISSN 1988-2939]

El psicoanálisis y el estudio de la cultura están entrelazados a niveles profundos, al tratar ambos sobre el significado. A un nivel macro la comprensión de una cultura hace alusión a los sistemas de comprensión compartidos, mientras que el psicoanálisis, a nivel micro, concierne a los sistemas de significado más idiosincrásicos, así como también la manera en que operan psíquicamente los sistemas de significado compartidos de forma inconsciente (ideologías y normas familiares y sociales). Por supuesto, la creación de significados basados en la cultura está siempre filtrada por la experiencia personal y la interpretación, a la par que la creación de significados idiosincrásicos esta siempre alimentada por los diversos aspectos que componen el telón de fondo cultural multifacético. Así pues la cultura y la psique están siempre entrelazados, aun siendo conceptualmente distintos.

La idea distintivamente psicoanalítica del inconsciente, significa esencialmente que no hay fin para el proceso de aprendizaje sobre nosotros mismos y los demás. Cualquier conocimiento que creamos tener es sólo la punta del iceberg, el conocimiento de un momento, el conocimiento en un contexto particular. Esto significa que el conocimiento del self y el conocimiento de otras personas es un proceso, en el que cada paso sucesivo va completando la foto más y más, sin llegar nunca a completarla. Los psicoanalistas no son los expertos del inconsciente, ni del suyo propio ni de otros; desde mi punto de vista, el papel distintivo del psicoanalista es intentar ser consciente de los límites de nuestro conocimiento, del misterio que subyace más allá del horizonte que apenas podemos vislumbrar, para intentar estar abiertos a lo que pueda surgir.

Tampoco quiero decir que no podamos conocer nada.

Sabemos lo que conocemos y hay métodos y procedimientos para comprobar lo que creemos que sabemos, con la realidad que esta mas allá de nuestro pensamiento, percepción y suposiciones. Sin embargo, la idea del inconsciente nos dirige hacia aquello a lo que nos hacemos ciegos, a lo largo del transcurso del ir conociendo, por muy válido que pueda ser este conocimiento.

En este espíritu psicoanalítico, vamos a considerar la cultura. El primer punto que me gustaría señalar es que no hay ningún conocimiento de una cultura que no sea desde el punto de vista de la cultura particular de cada cual. Por tanto, todas las experiencias y percepciones de la cultura son parciales, aunque no por ello menos válidas. Se debe tener algún grado de autoconocimiento, alguna perspectiva sobre el punto de vista de su propia cultura; esta es la parte más difícil de todas. El ojo no puede verse a sí mismo. Por tanto, para poder conocer nuestra propia cultura debemos tener el contraste que proporciona la interacción con otras culturas. Aun más importante, debemos poder ver nuestra cultura a través de los ojos de otra cultura, para poder tener una perspectiva sobre nosotros mismos. Así pues el auto-conocimiento de la cultura, indispensable para el conocimiento de cualquier otra cultura, debe emerger en un dialogo o conversación. Y debemos estar abiertos a la percepción de otros sobre nosotros mismos y nuestra cultura, de lo contrario, no obtendremos la retroalimentación que necesitamos.

Pensar que otra cultura se puede conocer desde fuera del punto de vista de la perspectiva cultural particular de cada uno, es posicionarse a uno mismo y su cultura como el estándar.

Esta es la posición del colonialismo, racismo y etnocentrismo.

Mientras ninguno de nosotros puede conocer su ubicación cultural por completo, desde la cual llegamos a conocer a otros, seremos siempre víctimas del racismo y etnocentrismo. Lo mejor que podemos hacer es estar abiertos a escuchar a aquellos que nos señalan nuestros puntos ciegos cuando los detectan, o se sienten impactados por ellos.

El segundo punto es que todas las culturas son múltiples, no monolíticas. Están repletas de paradojas y contradicciones, inconsistencias internas. Así pues la competencia multi-cultural debe de tener en cuenta el hecho de que, lo que creemos que sabemos sobre una cultura, es apenas una de las piezas del rompecabezas, una parte de la tarta, y que podemos llegar a conocer otros aspectos de esa cultura que pueden ser inconsistentes, complicando el tema, aun sin llegar a invalidar nada. Siempre han existido individuos multi-culturales, personas que por su experiencia, o familia de origen multi-cultural, mezclan culturas. No hay líneas claras que delimiten una cultura de otra.

El estudio de la cultura debe incluir la habilidad para aprender más sobre los individuos, culturas particulares, y mezclas de culturas, sin buscar falsas consistencias o coherencias.

El tercer punto es que la cultura, como he mencionado antes, se manifiesta siempre a través del prisma de un individuo o grupo específico. Siempre conoceremos a una cultura a través de la manera idiosincrásica en que toma su forma, en el contexto de la forma de ser de un grupo o persona particular. Esto significa que no hay cultura en estado puro, a la cual los individuos se conforman o no. Más bien, la cultura es una suma total de una multitud de formas individuales de vivir una cultura particular, o mezcla de culturas. El verano pasado pasé cinco semanas en la India, por lo que utilizaré esta experiencia como una fuente para ilustrar algunas de las ideas que acabo de comentar. Debo decir que estaba en Delhi dando clases en una Universidad y trabajando en un proyecto de psicología basado en lo comunitario, para no insinuar que pienso que “India” tiene una sola cultura. Dehli en sí mismo, las universidades que tiene, la comunidad psicológica en la Universidad Ambedkar de Dehli, constituyen una descripción más específica de un contexto cultural. Y, por supuesto, también soy un psicoanalista judío de Nueva York, además de muchas cosas más, algunas de las cuales no soy ni consciente, y que llegareis a conocer mejor que yo a medida me vayáis escuchando e interactuando conmigo.

Es posible que el proyecto comunitario que voy a relatar, os pueda parecer una experiencia poco clínica, pero pienso en ello como algo completamente clínico. Es decir, estoy intentando desarrollar un modelo de trabajo clínico psicoanalítico fuera de la consulta con una base comunitaria. Estas experiencias sirven como la base para la

exploración de lo que puede conllevar el trabajo clínico comunitario.

Como parte de un proyecto experimental sobre la comunicación a través de las clases sociales en la India, fui un día con un colega al Mercado de Delhi, con la idea de que allí estaríamos más abiertos a extendernos más allá de los habituales muros que dividen a las personas en la India, y alrededor del mundo, al iniciar y mantener conversaciones con gente de clases sociales más bajas. En unos pocos minutos estábamos entrando de cabeza en una conversación con un grupo de niños que estaban pidiendo limosna en el Mercado.

Quiero centrarme en sólo una de las muchas fascinantes y turbadoras experiencias que tuvimos hablando con esos niños y luego, visitando sus hogares. Notamos que una niña tenía un punto opaco en su ojo, de color cremoso. Mi colega le preguntó qué le había pasado a su ojo, y la niña dijo que una diosa (Santoshmataji) había salido de su cuerpo por ese punto. Ella dijo que su madre no había vivido una vida virtuosa, que comía cebollas y ajos y otras comidas que excitan las pasiones, y que por tanto una diosa había entrado en los cuerpos de sus hijos. Cuando su madre retomó los buenos hábitos, la diosa salió por varios portales. Ella señaló varios granos en su cara como otros lugares por los que habían salido los demonios.

No me voy a centrar en el sistema de significados culturalmente específicos reflejados en la historia de esta niña sobre su ojo, en su lugar, me centro en el hecho de que a medida que contaba su historia, varios otros niños en el grupo comenzaron a contar sus propias historias sobre sus heridas.

Rápidamente asumí que los otros niños estaban compitiendo por llamar nuestra atención. Al día siguiente en una discusión sobre esta, y otras experiencias en una clase de una universidad India, surgió otro posible significado.

De alguna forma la discusión se tornó hacia cómo en India, el self frecuentemente se toma como un self colectivo, en lugar de un self individual, como hemos llegado a dar por hecho en el mundo occidental. Se me ocurrió entonces que los niños en este grupo puede que no escucharan la pregunta de mi colega como una pregunta dirigida a un individuo, sino a un grupo. En ese caso, el que los demás también participaran, no estaría basado en la idea de la competitividad que tenemos, que tengo, sino mas bien en varias voces emergentes de un self que se experiencia como una colectividad.

Estas son posibilidades dramáticamente diferentes, una especie de inversión de figura y fondo que transforma radicalmente la experiencia propia y la comprensión de la interacción a medida que uno se traslada alternativamente entre las dos posibilidades. Por supuesto, aun siendo tan radicalmente diferentes como son, no son necesariamente mutuamente exclusivas. Puede ser que los niños mismos, y de hecho todos nosotros, vayamos de un lado a otro entre los varios niveles de identificación de grupo y de individualización.

Estaba reflexionando sobre estas ideas la noche siguiente, al ir a cenar con un amigo

indio que recordaba su primera visita a Norteamérica cuando tenía aproximadamente 30 años. En Toronto vio un hombre sin hogar llevando lo que parecían ser todas sus posesiones en una mochila. Mi amigo me dijo que le parecía la soledad de este hombre la cosa más triste que había visto. Gente mucho más indigente en la India le parecían menos tristes, ya que todos, incluso los más empobrecidos, tienen una comunidad. Recuerdo como en nuestra visita a las casas de estos niños, había mucha gente, demasiada incluso.

En la primera habitación en la que nos sentamos y visitamos, dormían ocho personas por la noche. Enviaban a los niños a buscar su propia comida ya que no hay suficiente para todos. Y ellos acababan pidiendo limosna en el Mercado. Aun así, viven y juntos, con la familia extensa y los otros.

También recuerdo una anécdota que nos contó un colega que había trabajado en una reserva Hopi en el suroeste Americano. Nos contó de un profesor, que al inicio de un examen le dijo a los niños que al terminar dejaran sus lápices sobre la mesa.

Nadie dejó sus lápices, hasta que en un momento dado, todos los niños bajaron sus lápices a la vez. Evidentemente los niños habían experimentado – vivido – que el profesor se dirigía a ellos como un grupo, no como individuos.

Otra experiencia reciente de India: En repetidas ocasiones he montado en un taxi o “rickshaw” (carrito tirado por un hombre), y el conductor ha necesitado pedir señas o direcciones para llegar a un lugar determinado. En India, se puede parar y preguntar a cualquier persona. La última vez, estábamos buscando un lugar recóndito, paramos y preguntó a un grupo de hombres que estaban sentados, quizás bebiendo te. Ante la pregunta se muestra escaso interés, poco más que un ligero movimiento de orejas para escuchar la pregunta, seguida por silencio y caras inexpresivas, impávidas. Una persona mira a otra como si éste quizás pudiera saber la respuesta, y esa persona lentamente comienza a hablar y señalar el camino.

Al día siguiente, un colega indio dijo algo así: a las personas indias les encanta entrar en conversación con la gente, y alargarán las conversaciones todo lo posible, simplemente para mantenerse en contacto. Por ejemplo, si le pides a alguien indicaciones en la carretera contestará con las indicaciones aunque no sepa cómo ir al lugar por el que preguntas. No es que te quieran engañar, o sean indiferentes a las consecuencias de que las indicaciones no sean exactamente las correctas, sino que lo importante es la conversación.

Reconsideraré lo que había interpretado como aparentemente caras sin expresión en los hombres que nos habían dado algún tipo de indicaciones la noche anterior, las dilatadas esperas antes de que alguien comenzara a hablar y la lentitud con la que se daba la respuesta.

Acababa de volver de un bazar donde mi colega y yo habíamos estado hablando con niños que estaban mendigando.

Queríamos hablar con algunos de los adultos con los que habíamos estado hablando mientras hablábamos con los niños, para saber qué pensaban de nosotros y lo que estábamos haciendo. Empezamos en una tienda de dulces donde habíamos comprado dulces unos días antes, acompañados por los niños que habían estado mendigando.

Había tres o cuatro hombres tras el mostrador abierto, y dos o tres clientes o quizás solo eran personas que estaban mirando y hablando. Mi colega y yo preguntamos que si alguno de ellos nos recordaba de los días anteriores, comprando dulces acompañados por los niños que mendigaban. Nadie nos recordaba. No había ningún cambio visible en la cara de nadie.

Las repuestas llegaban lentamente. Había muchas miradas. Mi primera reacción era la del impulso de retroceder, asumiendo que la gente que estaba trabajando en una tienda no querría ser distraída por una conversación con extraños, que preguntaban si recordaban algo que no recordaban. Pensé que la primera prioridad sería la de vender dulces, pero ya para entonces, entendía mejor y me quedé ahí esperando. Mi colega y yo nos presentamos como profesores de la Universidad interesados en la comunicación a través de las clases sociales y que eso era por lo que habíamos estado hablado con los niños de la calle. Hubo más miradas y seguían escuchando. Para entonces me sentía más o menos cómodo con simplemente limitarme a observar cómo era la gente, y cómo se comportaban. Todos parecían estar haciendo lo mismo.

Después de un rato, apareció un hombre y comenzó a hablar.

Lo primero que noté es que le faltaban casi la mitad de los dientes. El hablada mientras nosotros y los hombres tras el mostrador escuchaban. Dijo, entre otras cosas, que la gente asume muchas cosas sobre los niños que mendigan, y sobre los niños pobres en general, pero que eran individuos como los demás, y cada uno era diferente. Había que preguntar y averiguar por qué mendigan. Algunos tienen padres que son alcohólicos o drogadictos, algunos tienen padres que trabajan pero que no ganan suficiente dinero para alimentar a todos sus hijos. Algunos son manipulativos y mienten, y otros no. En ese momento tres niños que estaban mendigando se habían acercado a nosotros. Cuando no respondimos a sus peticiones con dinero, simplemente se quedaron ahí escuchando. A modo de ilustración, les preguntó por qué estaban mendigando. Una niña dijo que no tenía padre y que su madre trabajaba. Noté que una niña, tenía el pelo cortado con un estilo corto y estiloso. Parecía estar bastante bien cuidada. Una segunda niña tenía una cicatriz en la cara. Le pregunté cómo había obtenido aquella cicatriz y dijo que le habían pegado con un trozo de madera. No dijo quién le había pegado ni bajo qué circunstancias, y no preguntamos. La conversación siguió bastante tiempo, y entonces un hombre preguntó que si queríamos algo de beber. Parecía que operaba un tipo de máquina de bebidas frías en la tienda de dulces. Los hombres tras el mostrador y algunos clientes habían estado escuchando la conversación. De cuando en cuando, a medida que hablábamos, alguien ponía dinero en el mostrador y de cuando en cuando se entregaba

un dulce. El negocio de la tienda de dulces se iba entretejiendo con la conversación. Después de un rato se enlazó una conversación con otra, a otra con el dueño de la tienda, y entrábamos y salíamos de la madeja de conexiones con el dueño de la tienda. Yo ya no temía molestar a nadie, ni estar entrometiéndome.

Esta experiencia, esta evolución en mi forma de estar en el mundo, tal y como yo entendía la vida y la interacción humana desde un punto de vista diferente, realzó mi conocimiento sobre mi self, tal y como había existido en el contexto de los Estados Unidos. Se me hizo más evidente en este momento que soy una persona orientado a objetivos. Hasta este momento en mi vida, yo había sido de aquellas personas que tienen un plan, que se molestan si se le interrumpe o desvía de su objetivo. He sentido mucha irritación y desprecio por la gente que no utiliza bien su tiempo, tal y como lo defino yo. En el lado positivo, consigo hacer mucho trabajo, incluido el de montar esta charla. He conseguido ir templando mi impaciencia a lo largo de los años y he buscado circunstancias en las que me siento relativamente cómodo relajándome. De hecho, uno de los principales motivos o razones por las que me interesa el psicoanálisis es su orientación al proceso y no al objetivo, lo cual me anima a “dejarme llevar por la corriente”, viendo los obstáculos como oportunidades. Claramente hay fuerzas culturales que actúan sobre mi impaciencia, así como factores familiares (mi madre era así también, así como mi padre parte del tiempo) y factores idiosincrásicos individuales. La forma relajada y interconectada en que los indios acogían a los demás en sus planes, alternando suavemente de tarea a relación, me resulta muy atrayente como complemento a mi habitual manera de ser compulsiva. Aparecía en la pantalla de mis radares como una forma particularmente destacable por esa misma razón. Así pues, el llegar a conocer este aspecto de la cultura india ha realzado mi auto-conocimiento y desarrollo personal.

En relación con el self de grupo versus el individual, tiendo a pensar en mi mismo como una persona individualista, en términos de ser competitivo y en términos de mis ambiciones y aspiraciones para mi mismo como individuo. Por otra parte, siento que el prisma de la cultura individualista a través de la cual veo el mundo, opaca la importancia que realmente tiene la organización de mis valores y percepciones por identificaciones de grupo, mi identificación con mi familia de origen y la familia que tengo, han ayudado a hacer mi identificación como psicoanalista, como judío y como ciudadano de los Estados Unidos (de lo cual nunca había sido tan consciente como cuando estuve en la India). Puesto que para mi cultura prevalece el individualismo, mientras la identificación de grupo se queda de telón de fondo, tiendo a “otras” identificaciones de grupo. Entonces, para concluir, la cultura puede ser una forma de dividir el mundo psíquico, de determinar qué características humanas son las que pertenecen y cuáles se rechazan o no se reconocen como propias. La competencia cultural, si es que estas palabras tienen algún significado, para mi significan el volver a tomar posesión de lo que ha sido “otro” en otra cultura, reconociendo dónde están las verdaderas diferencias entre las personas que no es cuestión de partes rechazadas del self, y preguntar qué cosas y eventos, incluidos

aquellos que ocurren dentro de la relación terapeuta-paciente, significan para una persona particular en un contexto cultural particular. Y siempre estar abierto a aprender más. Hasta ahora me he centrado en la comprensión a través de las culturas como algo que significa estar abierto a lo “otro” de otras culturas y personas que viven en ese contexto. La cuestión es, entonces, como hacerse uno más permeable a lo otro sin colonizar al otro con la forma propia de significar, al mismo tiempo que debe de haber un punto referencial dentro de lo que ya es familiar. Pero ¿qué es lo que quiere decir que algo es familiar? Supongamos que consideramos la deconstrucción que Freud hace de la palabra inquietante/extraño/siniestro, en la cual su punto de vista se refiere a la experiencia que acompaña la re-emergencia de contenido psíquico que ha sido reprimido. La extraña sensación simultánea de familiaridad y extrañeza que es lo que llamamos “inquietante extraño o siniestro”.

Trasladando esta idea a la cultura, uno puede imaginar que una cultura puede aparentar extraña u “otra”, en parte porque señala formas de ser que han sido repudiadas. El sentido de “otro” (ajeno) puede entonces reflejar, en parte, una diferencia básica y en parte, una forma de contacto con lo que en palabras de Sullivan, han sido relegadas como “no yo”. Esta última forma de “alteridad” podría probablemente estar acompañada por aversión, mientras la anterior podría más probablemente estar acompañada por la curiosidad y respeto en el lado positivo, la indiferencia y la incompreensión en el lado negativo.

Por supuesto, no puede haber una línea fija e inamovible entre estas varias reacciones a una diferencia cultural, así como no puede haber una línea fija e inamovible entre las diferencias entre las personas en cualquier relación que suscite repudia y aversión, y/o curiosidad y respeto. Lo último, mientras surge del reconocimiento de la diferencia, contiene la base para la identificación y reconocimiento de comunalidad. Lo anterior cierra más o menos violentamente la posibilidad del reconocimiento de la comunalidad.

Una de las formas en que las diferencias y similitudes culturalmente informadas salen en terapia tiene que ver con los valores implícitos que organizan el sentido que tiene cada persona de los objetivos del tratamiento, lo que podría constituir un resultado exitoso. Las perspectivas psicoanalíticas nos orientan hacia los conflictos alrededor de los esfuerzos ante el cambio; estos conflictos pueden reflejar conflictos personales y/o culturales, especialmente en personas que están entre culturas, que significa todos nosotros, pero en particular a los inmigrantes.

En mi libro (Altman, 1995/2009), describo mi trabajo con Rosa, una mujer de 17 años que vino a la clínica en el Bronx donde yo estaba trabajando. Ella sufría depresiones periódicas, durante las cuales se quedaba en casa con los consiguientes malos resultados académicos. Era una chica con talento académico que acudía a un instituto especializado, y claramente se orientaba hacia una educación universitaria, quizás con opciones para salir de Nueva York, basado en sus mejores resultados académicos. Sin embargo, esta trayectoria se veía amenazada por sus periódicas recaídas depresivas. Este episodio se desencadenó por su ruptura con un novio quien la dejó por otra joven conocida por

ambos. Su instituto recomendó su tratamiento.

Rosa era la menor de tres hermanos, y la única mujer. Sus padres habían emigrado a Nueva York desde un pequeño pueblo en Puerto Rico, hacía ya unos veinte años. Su padre había aprendido inglés y había empezado trabajando como reponedor hasta llegar a encargado de una tienda de tamaño mediano. El y sus hijos hablaban en inglés entre ellos, mientras la madre decía no saber hablar inglés. Todas las conversaciones individuales con la madre eran en español, aunque el resto de la familia habitualmente hablaba en inglés en su presencia. De acuerdo con la tradición, la madre de Rosa esperaba que Rosa le fuera bastante devota, y en particular que permaneciera cerca de casa, o en casa, hasta que se casara. A Rosa esta expectativa le resultaba una carga bastante pesada, hasta el punto de ser inaceptable. Ella y su madre tenían numerosas discusiones por este tema. Mientras, Rosa estaba poniendo en peligro la posibilidad de irse a la Universidad. Rosa acudió a las sesiones dos veces a la semana, durante un corto periodo, después del cual empezó a faltar regularmente a las sesiones; como media una vez a la semana. Al principio llamaba para cancelar, mencionando un compromiso que entraba en conflicto. Después de un par de meses, faltó a una sesión sin avisar. Yo quería llamarla, sintiéndome bastante involucrado en su tratamiento. Por otra parte, era reacio a revelar a ella lo rechazado que me sentía por su falta a la sesión, así que titubeé. Finalmente encontré un término medio: le escribí una nota bastante formal señalando la cita a la que había faltado y pidiéndole que me llamara si quería recuperar la sesión. Tras unos días de demora, me llamó, diciendo que tenía que acompañar a su madre a una cita en la peluquería. Reprogramamos la sesión.

Cuando nos encontramos para la siguiente sesión, le pregunté a Rosa qué había sentido sobre nuestro trabajo, con la idea de que las citas a las que estaba faltando eran una forma de comunicar algo sobre nuestra relación. Rosa dijo que se había estado sintiendo mejor y que pensaba que ya no necesitaba venir a las sesiones regularmente. Le pregunté si había considerado decirme esto directamente. Me dijo que consideraba que eso no era apropiado ya que ella pensaba que yo pensaba que ella necesitaba continuar, y puesto que yo era el médico, ella no era quien para estar en desacuerdo conmigo. Entonces le pregunté si ella había pensado sobre cuál era mi experiencia cuando ella faltaba sin llamar. Ella reconoció que había pensado en mí, y se preguntaba si yo sentía que ella me había dejado “plantado”. Le dije que esto podía ser similar a lo que había sentido cuando su ex-novio la plantó, y ella estuvo de acuerdo.

En la siguiente sesión, Rosa estaba enfadada con su madre por requerirla a volver a casa a medianoche el fin de semana anterior al ir a una fiesta. Ninguna de sus amigas tenían horarios tan restrictivos. ¿Cómo iba su madre a poder aceptar que se quería ir a la Universidad al año siguiente? Pensaba que su madre entraría en depresión si ella la dejaba sola. Le dije que yo pensaba que podría sentir lo mismo sobre mí, que yo quería que ella se quedara conmigo, de alguna forma, no dejando la terapia cuando ella se sentía lista para dejarlo. Ella estuvo de acuerdo.

En la siguiente sesión, Rosa habló sobre su culpabilidad por ir a un instituto especial en la zona céntrica de NY cuando todos sus amigos del Bronx iban al instituto local. Ella sentía que había envidia por sus logros y talentos. Pensé que ella podría haber estado hablando sobre su madre, pero no le hice el enlace explícito en este momento. Durante los siguientes meses, Rosa asistió a sesiones salteadas, y después interrumpimos de mutuo acuerdo. Durante los siguientes años, tuve noticias suyas aproximadamente 1 vez al año. Sé que fue a la Universidad, pero cada año estaba a punto de suspender, cuando se deprimía al llegar el invierno. Lo último que supe es que le habían ofrecido una beca para pagar su matrícula. Ahora, hace muchos años que no se de ella. Lo que quiero señalar en este momento es el solapamiento entre varias interacciones culturales y psíquicas entre Rosa y yo. Pero antes quiero daros unas pinceladas sobre mis antecedentes y cómo aprendí en mis inicios sobre la cultura.

Me crié como judío en St. Paul, Minnesota, en una comunidad mayoritariamente irlandesa y escandinava en el centro de los Estados Unidos. Los escandinavos son gente muy correcta y reservada, por lo que en su mayor parte, no se mencionaban las diferencias étnicas y culturales. Al vivir en el límite entre un vecindario en el cual Vivían la mayoría de los judíos, y un vecindario que era mayormente escandinavo protestante, fui a un colegio en el cual había pocos judíos. Como niño nunca fui consciente de esa diferencia étnica/religiosa, por el contrario, solo era consciente de ser bajito. Esto, por supuesto, es una gran desventaja en el deporte, una desventaja que superé de forma creativa rápidamente haciéndome amigo del niño judío más alto de mi clase. El estaba muy demandado en los equipos deportivos, y no entraba en ningún equipo sin mí.

Cuando llegue a octavo, mi padre me anunció que iba a ir un colegio privado en St. Paul. Me resistí, pero perdí la batalla, y terminé separado de todos mis amigos, en un colegio donde no conocía a nadie. Durante los próximos cinco años, no hice amigos en ese colegio, solamente me asociaba con mis viejos amigos de mi colegio público anterior. Solamente años después me di cuenta de que todos mis viejos amigos eran judíos. Solo había tres judíos en el colegio nuevo. Yo era uno de los primeros judíos en acudir a ese colegio. Ahora pienso que mi padre buscaba la aceptación entre la élite no judía de St. Paul, enviándome al colegio donde ellos mandaban a sus hijos.

Cuando cursaba noveno, en ese colegio, entró el primer niño negro al colegio. Tomé nota de su raza, pero pensé poco en ello. Al año siguiente, entró su hermano en el colegio. Yo con frecuencia decía que no me encontré con personas de raza negra cuando vivía en St. Paul. De hecho, David se hizo uno de mis amigos más cercanos. Tal y como yo lo recuerdo, él me tomó bajo su ala y me enseñó los caminos del mundo – especialmente a jugar al póker. Era el mejor jugador de póker que yo jamás había conocido; era muy listo de muchas maneras y también académicamente. Le recuerdo divirtiéndose tolerantemente con mi ingenuidad, producto de mi protegida crianza. Una noche fui a su casa en la parte afro-americana de la ciudad para jugar al póker con él y sus amigos. Recuerdo el desconocido olor a coles y cerdo. Muchos de los chicos irlandeses en St. Paul

iban al instituto católico. Yo les tenía miedo a ellos y también a los niños negros en general. Cuando me trasladé a Nueva York, poco a poco aprendí que en Nueva York las personas a una temprana edad toman consciencia de su raza étnica, pues si entran deambulando en el vecindario de otro grupo, terminan llevándose una paliza. Empecé a aprender sobre la cultura cuando me trasladé a un pueblo indio como voluntario del *Peace Corps* Americano (Cuerpo de Paz Americano) a los 22 años de edad. Lo que aprendí es que la cultura es mucho más que costumbres y comportamientos, mucho más que quitarte los zapatos o cómo dirigirte a los mayores, o comer una comida. La cultura es una forma completa de ver el mundo, un completo sistema de significados. Aquí hay algunos ejemplos: En un pueblo indio, lo habitual es que no se cría a los niños para que se vayan de casa. Los niños probablemente se quedarán en su pueblo de origen toda su vida, mientras las niñas probablemente se vayan al pueblo siguiente, o alguno un poco más lejano, para unirse a la familia de su marido. Entre la clase media alta judía residentes en los Estados Unidos entre los cuales me crié, generalmente está asumido que los niños dejarán su casa para irse a la Universidad, y continuarán viviendo lejos de sus padres. Asimismo, en los Estados Unidos es frecuente poner un gran énfasis en destetar a los niños y sacarles de la cama de los padres, en contraste con un pueblo indio donde los niños toman el pecho hasta los tres, cuatro, o cinco años de edad, y donde niños y adultos duermen juntos (divididos por género). Las cosas están cambiando rápidamente en India estos días, especialmente en las ciudades. Ha aparecido una brecha generacional, a medida que muchos niños de hogares de clase media contemplan ahora retrasar el matrimonio y eligen a sus propios compañeros, como oposición a aceptar la elección de sus padres en los matrimonios convenidos. Muchos jóvenes de la India, tanto hombres como mujeres, contemplan la posibilidad de cursar carreras en el mundo empresarial o en ONG's que no le son familiares a los padres. El género también es relevante, a medida que las jóvenes mujeres planifican obtener un grado de independencia que no les hubiera resultado nada familiar a sus madres.

Estos cambios evolutivos se manejan de forma muy distinta en la India en comparación con los Estados Unidos. En mi viaje más reciente a la India, una colega le preguntó a la directora de una ONG que atiende a mujeres maltratadas, cómo manejaban a los hombres que abusaban de ellas. Ella dijo que había que entender la "mentalidad masculina"; los hombres tienen que sentir que tienen el control, y si no les retas directamente, se puede conseguir mucho. Esa noche cenando conmigo, y con su tía, tío, y prima que estaba a punto de casarse, mi colega le preguntó a su prima, "Cómo vas a tratar la "mentalidad masculina?" Para mi sorpresa, la prima contestó: "los hombres necesitan sentir que tienen el control, y si no les retas directamente, se puede conseguir mucho"! Más tarde, en una clase, algunas de las estudiantes (femeninas) de psicología clínica, estaban hablando de cómo manejaban las expectativas de sus padres de que se quedaran en casa, cuando llegaban a alrededor de los veinte años, cuando ellas lo que deseaban era ir a la Universidad y prepararse para una carrera profesional. Ellas dijeron, en efecto, que "sus padres necesitaban sentir que tenían el control. Pero si no les retas directamente, se puede conseguir mucho". En otras palabras, las estudiantes parecían

estar diciendo, que hay una forma en que se debe respetar a los padres, no llevándoles la contraria directamente, no discutiendo o estando abiertamente enfadadas. Por otro lado, uno puede obtener su bendición yendo al colegio y sacando buenas notas, atendiendo a su sentido del orgullo al cursar una carrera profesional, no rechazando la oportunidad de ser presentada a un posible marido, pero retrasando ese encuentro un año, luego otro año, señalando las desventajas de esta y aquella posible pareja. Mientras, los padres lentamente se iban haciendo a la idea; se iban acostumbrando a la idea que la hija tenía en mente. Entre unos y otros se van acoplando a la nueva situación, y a menudo, (no siempre) algo se puede conseguir.

Volvamos ahora a Rosa y sus padres. Hay un conflicto de culturas y de generaciones, no tan distinto de lo que he descrito de India. Sin embargo, el conflicto concierne no sólo a qué tipo de vida tendrá Rosa, sino como este conflicto se negociará con su madre. En la cultura de su grupo de coetáneos de Norte América, las diferencias con los padres se enfrentan directamente. La adolescencia normalmente es una época tormentosa en este sentido en la cultura norteamericana. La adolescente puede sentir que tiene derecho a seguir su propio camino, en línea con los valores individualistas de esta cultura, mientras que la adolescente india o joven adulta intenta más bien equilibrar los valores individualistas con los valores de respeto y mantenimiento de la cohesión familiar.

Desde mi punto de vista, Rosa paga un precio por la polarización con su madre. Las adolescentes indias, sin duda, también pagan un precio por poder negociar las diferencias con los padres. Para Rosa, a medida que se convierte en la que lucha por buscar su independencia en contrapunto con las demandas y necesidades de su madre, es posible que su propia dependencia pueda estar en peligro de ser desautorizada. Quizás entonces, su propio auto-sabotaje refleje un conflicto disociado respecto a su éxito académico, que hiere a su madre y a su propio self dependiente. Ella trae este conflicto a la terapia, por un lado mediante la verbalización (yo solo quiero ser libre) y por el otro lado “re-presentado” (*enactuado*) (fracasaré y acabaré en casa con mi madre).

Desde el punto de vista de comportamiento cognitivo, la naturaleza del síntoma no es controvertido: para poder conseguir sus objetivos Rosa necesita obtener mayores éxitos en el colegio,. Sin embargo, desde un punto de vista psicoanalítico el problema es el conflicto en sí mismo. Puesto que el conflicto está disociado, sólo se puede conocer completamente a través de “enactments” en los cuales el terapeuta será un participante. Si el conflicto en cuestión también esta disociado en el terapeuta, puede resultar en un punto muerto (hacer “tablas”). Si el terapeuta es capaz de contener los diversos lados del conflicto, entonces existe la oportunidad para que haya una negociación y se pueda salir del atasco.

Desde mi punto de vista, un momento crítico en mi trabajo con Rosa fue cuando me di cuenta de que, como ella había faltado a sesiones y yo había intentado retenerla, los dos, ella y yo estábamos organizando un “enactment” muy similar al cual estaban sumidas ella y su madre. Sin embargo, mi participación era paradójica. Por un lado, como su

terapeuta, estaba intentando ayudarla a sobreponerse a su parálisis periódica en el colegio, y que fuera caminando hacia la independencia. Por otro lado, al explícitamente o implícitamente intentar que viniera a las sesiones, estaba “representando” mi propia dependencia de ella lo cual canalizaba su dependencia disociada de mi y de su madre. El hecho de que el conflicto dependencia-independencia se exprese como una paradoja de dos caras en mi propio comportamiento señala que no hay una resolución final. Rosa y yo, ambos, estamos llamados a aceptar sentimientos que, en varios niveles, tiran de nosotros en direcciones opuestas. Si cada uno podemos tolerar la complejidad de la situación, hay una posibilidad de que podamos avanzar.

A medida de que avanza el momento crítico, le reconozco a Rosa que debe de parecerle que la estoy aferrando como su madre; de hecho que, desde un punto de vista, estoy actuando como su madre en la relación con ella. Al decir esto, le estoy reconociendo a Rosa que puedo ver todos los aspectos de su conflicto, que puedo ver cómo su madre la quiere sujetar, aunque puedo ver cómo ella se quiere liberar. Cuando nos reunimos Rosa y yo en este momento, estamos los dos en la posición para poder trascender de la polarización que requiere que se disocie el conflicto.

Desde mi punto de vista, mi habilidad para encontrar un lugar dentro de mí para las perspectivas tanto de Rosa como las de su madre, dependía de forma crucial de mi experiencia en la India. El haber experimentado un mundo en el que no se espera que los niños dejen el hogar, en el que no se crían para prepararles para vivir de forma independiente, esto me preparó mejor para comprender y aceptar la vista del mundo de la madre de Rosa. Como norteamericano que soy, claro, podía entender la lucha por intentar alcanzar la independencia y autonomía. Estaba, por tanto, bien posicionado para resonar con todos los lados de su conflicto, y por tanto ayudarla a encontrar una forma de navegar en esta complicada situación inter-cultural, inmigrante. Puede parecer sencilla la solución que encontramos de que ella pudiera venir irregularmente a medida que sintiera la necesidad, psicoanalíticamente poco convencional, colusorio con la resistencia. Pero, a un nivel más profundo, de forma bastante sofisticada, conseguía dejar espacio tanto para la necesidad de Rosa de ser autónoma como con sus necesidades de dependencia y lealtad hacia su madre.

Si hubiera tomado una visión uni-dimensional, la de que Rosa simplemente necesitaba tener éxito en términos convencionales, quizás la hubiera forzado a una aserción disociativa de sus necesidades de dependencia a través del fracaso escolar. Puesto que yo podía resonar con ella en su conflicto, creo que pude evitar esta poco deseable reacción negativa a la terapia.

Yo, por supuesto, tengo un conflicto paralelo, así como todos los miembros de esta sociedad; entre la autonomía y el profundo arraigo, la dependencia y la independencia. Si hubiera esperado que Rosa solo luchara por su independencia, yo hubiera estado disociando mis resonancias con su deseo de mantener sus lazos y profundo arraigo con su madre. De esta forma, la comunicación inter-cultural y la integración intrapsíquica se solapan; cada una es necesaria para la otra. Las culturas resaltan una u otra cualidad

psíquica, mientras otras permanecen en el trasfondo. En tanto en cuanto una cultura diferente nos confronta con el “yo malo” de Sullivan, o el “no yo”, la comunicación intercultural, la comunicación interpersonal y la integración psíquica son variaciones del mismo tema.

REFERENCIAS

- Altman, N. (1993). Psychoanalysis and the Urban Poor. *Psychoanalytic Dialogues* 3: 29-49
- Altman, N. (2000). Black and White Thinking: A Psychoanalyst Reconsiders Race. *Psychoanalytic Dialogues* 10: 589-605
- Altman, N. (2009), *The Analyst in the Inner City: Race, Class, and Culture Through a Psychoanalytic Lens*. (2nd. edition revised) Hillsdale, NJ: The Analytic Press (1^a ed, 1995).

Original recibido con fecha:25/06/2011 Revisado: 21/07/2011 Aceptado para publicación: 30/09/2011

NOTAS

¹ Este trabajo recoge la intervención de Neil Altman en ÁGORA RELACIONAL, Madrid, 25 de Junio 2011, dentro del *Programa de Formación en Psicoterapia Psicoanalítica Relacional*. Traducción al castellano de María Hernández Gázquez. Traducido y publicado con autorización del autor.

² Neil Altman es Doctor en Psicología y Psicoanalista. Profesor Clínico del Programa Postdoctoral en Psicoterapia y Psicoanálisis de la Universidad de Nueva York. Autor de numerosas obras y trabajos, entre ellos: *The Analyst in the Inner City: Race, Class, and Culture through a Psychoanalytic Lens* y co-autor de *Relational Child Psychotherapy*. Miembro de *Psychotherapists for Social Responsibility*, fue co-editor de *Psychoanalytic Dialogues: A Journal of Relational Perspectives*, Presidente de la Sección de Responsabilidad Social de la División 39 (Psicoanálisis) de la *American Psychological Association* y ha sido miembro del Board de IARPP.